



Martha López Castaño\*

# El envejecimiento y la muerte

## Una mirada feminista

---

\* Doctora en Filosofía.

*“No tenemos más que un recurso frente a la muerte:  
hacer Arte antes de que llegue”.*

René Char

## Resumen

El artículo aborda desde la filosofía el tema del envejecimiento y la muerte, realiza una mirada crítica sobre el pensamiento de los filósofos que convalidan con criterios iusnaturalistas, unas ideas del tiempo donde concluye la vida en medio de un ejercicio de devastación corporal y mental inapelable. Para estos, la presencia de la muerte reivindica básicamente el pasado para reiterar lo vivido sumergiendo al Sujeto en unas condiciones de memoria dolorosa que elude el presente y el futuro, ya que el proyecto vital está concluido. Pero otra es la mirada feminista que a través de la construcción propia y colectiva da lugar a una autonomía, y a un sí mismo/a diferente al yo y que puede trazar el ejercicio de un envejecimiento creativo, alejado de la penalización patriarcal que nos califica como mujeres inútiles, desgastadas y desprovistas de la fuerza de la Subjetividad femenina que no se pierde, a pesar de los años y la enfermedad.

..

Escribir sobre el envejecimiento no es tarea fácil; más aún, se está a punto de desistir con un tema que te presenta el escenario absurdo donde transitamos de cara a la Muerte y donde se difiere el tiempo infinitesimal por no saber el día, ni la hora, en que nuestra humanidad exhalará el último suspiro.

En *Un soplo de vida* de Clarice Lispector, la autora nos recuerda:

“Habrá un año en que habrá un mes en que habrá una semana en que habrá un día en que habrá una hora en que habrá un minuto en que habrá un segundo y dentro del segundo habrá el no tiempo sagrado de la Muerte transfigurada”.

La escritura debe siempre afirmar la vida y parecería que aquí se está a punto de claudicar si asumimos como propia la mirada occidental de los filósofos que han convertido el tiempo del envejecimiento y la Muerte misma como un devenir trágico precedido por la angustia que antecede a su irrupción; el envejecimiento que ha sido visto siempre en negativo, recae sobre la ancianidad contribuyendo a perpetuar las ideas y las prácticas de exclusión llevadas a cabo en el curso de los siglos.

Envejecer para el pensamiento occidental se dice en infinitivo, porque es la acción devenida hacia la Muerte donde constatamos que ya no somos los mismos y que nos aproximamos a la sentencia nihilista de que nacemos y morimos de modo inevitable y congruente con la terminación de la existencia.

Es la Muerte la que provee un tiempo distinto al envejecimiento porque la Muerte no pertenece a la vida; es decir, la Muerte es la Nada básica y elemental de la que sólo percibimos los efectos. La muerte no tiene entidad en sí misma. Para Parménides, llamado ‘el oscuro’: “El ser es, la Nada no es y de ella no sabemos absolutamente nada y no podemos verbalizar nada”. Si realizamos alguna expresión, algún enunciado que intente dar cuenta de su misterio, lo hacemos desde la vida, no desde la Muerte que pertenece a otra naturaleza innombrable e incalificable: “Lo contrario de morir no es vivir sino no morir, vivir y morir no son términos del mismo

Universo”. De hecho ningún muerto/a ha regresado para contarnos el estado en que se encuentra y las alusiones asignadas a la reencarnación que algunos mitos suscriben, se convierten en una postrimería improbable porque el lenguaje que usamos pertenece a la vida y no a la muerte, lo que anula cualquier interpretación o cualquier divagación en torno a ella.

“La Muerte es una Nada que destruye el pensamiento, la muerte no es la Nada, un pensamiento de nada, diríamos que es un no pensamiento, aquí la negación rebota del objeto al sujeto para matarlo. La muerte es precisamente esa Nada, esa negación homicida, la muerte no es un objeto como los demás, el pensamiento piensa los conceptos uno con relación al otro, pero al decir relativa y partitivamente el pensamiento como la marcha pone un concepto delante de otro; en esta cuenta la Muerte, siendo como es el No ser total de todo, nuestro ser es tan impensable como el Ser, quizás todavía incluso más, puesto que presupone la totalidad de la existencia para poder pensar la aniquilación”. (Schelling, Francois Chatelet, *Historia de la Filosofía*, Espasa Calpe, Madrid 1983).

La muerte es un acontecimiento que toca el misterio y establece dimensiones metaempíricas; la Persona que ha muerto es irremplazable y nadie puede tomar su lugar, y por otro lado es un hecho empírico y cotidiano que pertenece al orden de la vida, “todos tenemos que morir”; en este sentido la muerte es una noticia periodística, un incidente universal, pero del lado metaempírico, este suceso es desmesurado e inconmensurable en relación a todos los fenómenos naturales, se torna inexplicable y nos proporciona un dolor inmenso.

Para todos los seres humanos, no importa la edad, la Muerte llega de sorpresa, parece una condena pero no sabemos ni el día ni la hora; de ahí que prepararse para la muerte... propio del

mandato Cristiano, resulta impertinente y poco confiable teniendo en cuenta la sorpresa que le concierne. La muerte siempre nos pisa los talones y Séneca y los Estoicos nos alertaban de la necesidad de mantener la alerta que pudiera intuir la proximidad de la Muerte y su signo fatal. Séneca proponía considerar la vida misma como un día entero, para acompañar las Meditaciones y los ejercicios recomendados como parte del crecimiento propio: la mañana como la infancia y la juventud desplegadas, la tarde como la adultez que da sus frutos y la noche como la senectud y su cercanía a la Muerte. En todo caso nadie se ha librado de la sorpresa y el carácter improvisado que se asocia a la Muerte.

Por tarde que la muerte intervenga siempre llega demasiado pronto, siempre viene a interrumpir un trabajo, siempre llega en medio de una empresa inacabada, el escritor/a no lo había dicho todo todavía, la obra del artista no estaba terminada, el hombre y la mujer más sencillos tienen todavía unos proyectos a realizar.

Para Edgar Morin, el más antiguo de los miedos es el miedo a morir y esto perturbaba la comunidad entera entre los llamados “salvajes y primitivos”; entre los indios Lengua por ejemplo, el nombre propio tenía un sustituto secreto, un nombre que no se divulgaba y que podía reemplazar el nombre propio para evitar que la Muerte se lo llevara, porque este nombre había sido dado para preservarnos de la Muerte. El miedo a morir estaba acompañado del miedo a la corrupción de la carne y a la descomposición del cuerpo, lo cual refiere el pavor a la Nada.

La Nada que llamamos Muerte no es ni siquiera la Nada, como el Caos cosmológico de Hesíodo puede ser al menos, principio fecundo, acontecimiento y causa fundadora, pero la Muerte es el negro absoluto, el silencio mortal, es un silencio infinitamente mudo.

## El tiempo y las estaciones de la vida

“Durante la primera mitad de la existencia, el hombre joven que sube por la pendiente ascendente se aleja de aquello a lo que se acerca, el adolescente se parece en esto al hombre henchido de esperanza que ve despuntar ante sus ojos la radiante primavera, esa primavera se aleja del invierno al que sin embargo el verano volverá a acercarse pues el solsticio está allá a la vista, el solsticio que es el apogeo del año y la estación en flor, el solsticio más allá del cual comenzarán el declinar y el acortarse de los días”. (Baltasar Gracián).

Los filósofos han retomado la metáfora de las estaciones para puntualizar y expresar los distintos tiempos que hacen el devenir humano refiriendo mediante esta gráfica la cronología desde el nacimiento hasta la muerte que marca su desaparición, y nada mejor que la primavera, el verano, el otoño y el invierno cantados por los poetas y pintados por los artistas para ilustrar el periplo que hacen las distintas edades de la vida. Es a través de este referente donde se establece la capacidad regenerativa de la vida presente en la infancia, la juventud y la adultez por una parte, y su decadencia que ilustra el envejecimiento y la muerte como contrapartida.

De hecho con excepción del envejecimiento, las otras edades están impulsadas por la esperanza, el deseo y la capacidad de hacer efectivos los proyectos y los sueños que se tejen en este devenir; en términos temporales, el futuro se convierte en el acicate de la vida humana y en premisa de su desenvolvimiento, define las características de su existencia para finalmente dar paso a la decadencia del envejecimiento que clausura el futuro y acomete contra él.

La vejez no tiene futuro, o mejor dicho cancela el sentido de la vida a través del absurdo y el

sin sentido. “La vida sí tiene un sentido, pero ese sentido es negado por un sin sentido que sin embargo la condiciona, a medida que el tiempo pasa el contrasentido del envejecimiento implícito en el sentido aflora cada vez con más insistencia a la superficie del devenir y lo mismo que el organismo envejecido repara sus pérdidas cada vez peor y compensa cada vez más lentamente los efectos de los traumatismos, así la esperanza optimista luchando palmo a palmo contra los desmentidos repetidos continuamente del fracaso se vuelve cada día menos convincente. Cada año es más difícil de sostener, cada día es más difícil decir por qué se vive y en vistas a qué.” (Jankélévitch. *La Muerte*. Pretextos. 2002. p. 178).

Podría decirse que el ser humano (hombre y mujer) sufre una transformación con la aparición del desgaste corporal asociado a la ancianidad que se traduce en lasitud y fatiga; nada parece vehicular en él la fuerza que ordena permanecer en el Ser y transformarse (Spinoza); lo que se produce es por el contrario, la ‘asumción’ de lo inevitable que consiste en no resistirse a la Entropía que gobierna la vida. Entonces ninguna esperanza tácita, al menos del orden natural viene a atenuar la tristeza de envejecer, el declinar es muy serio y carece de poesía, ese declinar es irreversible y definitivo. El envejecimiento solo llega una vez, lo cual le da ese carácter de sujeción a los acontecimientos, entonces ya no se lucha, no se combate, como no hay recuperación, la fatiga se convierte en un estado permanente y no casual.

Es entonces cuando se produce un pliegue en la temporalidad vivida: ya no es el futuro quien marca la pauta en relación al devenir viejo/a, es el Pasado puro quien sale al encuentro, a modo de paliativo para seguir viviendo; entonces nos convertimos –dicen los filósofos– en seres de Memoria y advenimos como en el cuento de Borges “Funes el memorioso”, a otra ocupación a la cual no estábamos acostumbrados, nos convertimos

en maquilladores del tiempo recordando cada momento de lo vivido, cada paso que hemos dado. Generalmente recordamos el dolor, lo cual no deja de ser una traducción del cuadro original que motiva el frenesí que da lugar al proceso.

La vejez es entendida como la enfermedad de las enfermedades, no es la enfermedad que atacaría todo el cuerpo, sino más bien, es la enfermedad de la temporalidad lo que acontece, pudiendo afirmar que es a la vez normal y patológica. La vejez es la anomalía normal en el mismo sentido que la Muerte es la enfermedad de los que tienen buena salud.

En las antípodas está el niño/a, y la primera juventud que sueña; en la cercanía está el adulto que comienza a ver realizadas sus metas y algunos de los sueños que trabajó con empeño, otros se van con el destino. Porque cuando el futuro no está clausurado se produce la posibilidad de objetivar el tiempo en un proyecto. Algunos han llevado hasta el extremo el hecho de comprender la vida como un suceder de proyectos, hasta que estos quedan sin opción en el envejecimiento. Pero, como veremos más adelante, la vida no es un proyecto, la vida es más bien una potencia capaz de crear formas nuevas y nuevos devenires. En todo caso el tiempo por el que transcurre la adultez hace pensar en esa mirada rápida hacia atrás que el adulto ejecuta; sólo se hace para recoger lo que requieren las realizaciones postpuestas. La adultez está considerada en términos estacionales como el cenit del verano, y la fructificación es el solsticio que da paso al otoño engalanado por el color de las hojas temblorosas antes del invierno.

Los presocráticos introdujeron el Aión para nombrar esa capacidad de regenerarse propia de la vida, el presente y la intensidad vivida por el infante permiten la creación y el acontecimiento que se le asocia. El Aión se inspira en el juego del

niño en la playa sorprendido por el mar que borra sus trazos en la arena; esta metáfora permitió abrir otro espectáculo en medio de la cronología consabida de pasado, presente y futuro, promoviendo otra opción temporal ilimitada del tiempo que valora el instante en medio de un presente eterno y extendido.

Para la infancia el tiempo es presente que no termina, un devenir vehiculado por la curiosidad y las ganas de vivir que espera la claridad al cabo de la noche para continuar su día intenso. Así el tiempo de la vida está articulado en lapsos de tiempo, y el tiempo entre el nacimiento y la muerte aparece como un episodio de la eternidad en términos cosmogónicos. Pero existen tiempos en esos lapsos que distinguen y asignan características únicas al devenir humano. Podría decirse que desde el comienzo hay una cuota de finitud que después se traduce en enfermedad a lo largo de la vida; podría afirmarse que la Muerte corre paralela a la vida sin confundirse con ella, que al lado del Ser está la Nada, programando su ejercicio certero de conclusión al cabo de los años.

“El absurdo congénito de la vida, teóricamente perceptible desde la más tierna infancia, se impone con fuerza cada vez mayor, en el recién nacido que tiene todo el futuro ante él, una dosis de sin sentido infinitesimal y en cierto modo homeopática podría descubrirse en la inmensidad del sentido, en el anciano por el contrario cuyo margen de futuro tiende a cero son los últimos vestigios del sentido los que terminan por perderse en el océano del sin sentido, el sentido de la vida implica (para quien lo busca) significación y dirección, cuando en el envejecimiento se pierde el futuro la dirección es errante, y la significación no tiene sentido alguno”. (Jankélevitch, p. 179).

El lapso de tiempo de la ancianidad concierne a la relación vida y muerte y es en ese intervalo donde constatamos la finitud que parecería estar

escrita en el genoma humano desde antes del nacimiento; Bichat define la vida como “el conjunto de funciones que resisten a la muerte”, pero en la ancianidad que ya se asoma al escenario postrero de la Nada, la resistencia se hace menor y termina por ceder al modo vertiginoso y /o sorprendente en que se hace evidente la Muerte.

### La crítica a las nociones de vejez realizadas por la filosofía

Hasta aquí algunas reflexiones de los filósofos sobre la Muerte y la decadencia humana; sus indagaciones y pensamientos han contribuido a refrendar el Orden de un imaginario social y Patriarcal que condena a la vejez a las condiciones naturalizadas de indefensión que han prevalecido en la Cultura a lo largo de los siglos.

La obra de Simone de Beauvoir *La vejez* (Trad. de Aurora Bernárdez, DeBolsillo, 2013), muestra el carácter estereotipado que ha tenido la senectud en las sociedades antiguas, desde China, Sumeria y Egipto incluyendo Grecia y Roma pasando por el Medioevo y el Renacimiento para llegar a la época moderna.

Se han usado las mismas metáforas, los mismos nombres y adjetivos que infravaloran la vejez, desprecian la experiencia y la reducen, para terminar por excluirla, guardando en muchos casos silencio investigativo sobre quienes sufren un destino biológico considerado inmutable e imposible de eludir. Y aunque existen consideraciones excepcionales como en China y Grecia y en una menor medida en Roma, siempre los viejos respetados por su autoridad en el imperio, en el Ágora o en el Senado eran hombres y tenían una vida útil muy limitada y muy poco asegurada en el tiempo; las ideas platónicas sobre la vejez que reconocían unas cualidades excepcionales a la vejez y potenciaban su aporte a lo social, operaron más bien de una manera abstracta,

imponiéndose en la práctica la fuerza juvenil cansada de la autoridad del ‘pater familia’ debilitada por la contingencia de los órganos.

Para Platón los más viejos deberían gobernar; en *La República*, la verdad del hombre reside en su alma inmortal, así que los años proveen experiencia y capacidad de verdad. Sólo los hombres que han salido de la caverna son capaces del logos, han contemplado el mundo de las ideas y deben ser designados para gobernar; la decadencia de los años no puede alcanzarlos. Cuando el apetito corporal disminuye, el alma se hace más libre. Hay en Platón una trascendencia del cuerpo para acceder al ideario y la verdad que antecede a toda empresa seria; es necesario superar los instintos y hermanarse con el espíritu... “la vejez hace nacer en nosotros un sentimiento inmenso de paz y de liberación”. (Céfalo). Platón pone en boca de este personaje la grandeza de la vejez sin olvidar que el criterio de la edad debe estar unido al Valor. Sólo así, un hombre debe ser respetado y obedecido y esto únicamente puede lograrse con la edad.

Para Aristóteles, en cambio, el alma no es puro intelectual, el alma está unida con el cuerpo, el alma es la forma del cuerpo. “Una bella vejez es la que tiene la lentitud de la edad pero sin invalidez”. Es necesario haber alcanzado cierta edad para alcanzar la frenosis, esa sabiduría que permite conducirse justamente y que tiene que ver con la experiencia. Para Aristóteles los viejos son la oposición de la juventud rica en fuerza y fortaleza; no obstante escogen de lo vivido sólo lo propiamente negativo; son tibios, desconfiados, egoístas, desvergonzados... la vejez sabia es muy escasa, y poco probable. Así que para el Estagirita, los viejos no deben gobernar, cree que es menester abogar por una clase de policía Ética que actuase en los estratos altos del poder; esta debía combinar la fuerza juvenil y la justeza caracterizada en la *Ética Nicomaquea* para poder

encarnar el hombre idóneo capaz de gobernar. (*La vejez*, de Simone de Beauvoir, p. 133).

El debate Platónico-Aristotélico sigue incidiendo en los siglos posteriores; algunos suscriben el pensamiento Platónico, pero en la práctica se impone el triunfo de los jóvenes sobre los viejos arraigado en la cultura como una verdad a lo largo de los tiempos.

Es necesario en la Postmodernidad que aparezca el pensamiento Caosmótico para cuestionar de plano lo que se creía al respecto del tiempo y la terminación de la vida. En efecto, la Entropía y la Segunda ley de la Termodinámica no se cumplen para todas las estructuras por igual. Las estructuras disipativas en el límite, son capaces de poner en cuestión la necesidad como un dato biológico inmutable, y logran devenir en nuevas formas vivientes, preciso en el momento en que parecieran tener que morir definitivamente. El Caos y el Cosmos realizan un ligamen indisoluble y la vida se regenera permanentemente.

La teoría del Caos muestra hasta qué punto el caos contribuye a la regeneración de la vida. El Caos y el Cosmos no son principios antagónicos: que el desorden es creador de orden, que el desorden está en el interior mismo del orden. “Es el caso de las estructuras disipativas que se forman y mantienen mediante el intercambio de energía y de materia en el transcurso de un proceso de no equilibrio; el mundo de las fluctuaciones es un mundo de sistemas abiertos, lejos del equilibrio se dan bifurcaciones y tiempos múltiples que producen el acontecimiento que da lugar a lo nuevo. Así es como se crean alternativas termodinámicas y procesos irreversibles de actividad espontánea, es el suceder de la turbulencia que da lugar a una corriente macroscópica cuyo efecto es la producción de un nuevo orden”. (Prigogine. *La nueva Alianza*, Alianza Universidad, 1990).

Las teorías Caosmóticas son el soporte para comprender el devenir Subjetivo y la construcción que da lugar a un sí mismo/a lejos del individuo, y el Yo afincados en la conciencia y en el pensamiento Metafísico Occidental.

Porque el Yo está en el corazón del llamado individuo y/o ciudadano que defienden los derechos humanos, es el Yo el que se arroga la capacidad de Razonar frente a otras criaturas vivientes y quien se supone único poseedor de dignidad. La Subjetividad no es el individuo, la Subjetividad es un trayecto de construcción identitaria que cuenta con un tiempo fuerza y un espacio fuerza para darse un sí mismo/a, proveer una mente, y construir un mundo. La Subjetividad se conceptúa como tiempo fuerza y espacio fuerza y estos son procesos inconscientes de identificación y de deseo.

La Subjetividad no es individual, es grupal y puede inducirse colectivamente; no tendríamos la opción de construir una Subjetividad femenina sin involucrar a otras mujeres, somos muchos y muchas dentro de nosotros. En una mujer están todas las mujeres. La Subjetividad involucra la lucha de las mujeres y la resistencia al poder patriarcal vigente, realizado por centurias para visibilizar sus sueños en pro del reconocimiento social.

“La Subjetividad, siempre por construir, lejos de ser una unidad racional, es multiplicidad en sí misma, está marcada por un conjunto de diferencias dentro y fuera de sí misma, que la convierten en una fragmentación, una entidad anudada construida sobre las intersecciones de niveles de experiencia; una identidad femenina es múltiple y fracturada, es racional en cuanto requiere un vínculo con los otros, y es retrospectiva en la medida que funciona a través del recuerdo y la Memoria.” (Braiddotti, *Sujetividades Nómadas*).

La Subjetividad está ligada al deseo, el deseo es la Fuerza indestructible y esencialmente creativa. El deseo se encuentra en la vida de los seres humanos, hombres y mujeres, atravesando enteramente las relaciones sociales y en cuanto estas se instituyen por el dominio de lo simbólico encontramos el deseo ligado al lenguaje, de manera que sabemos del deseo por la trayectoria que traza, por el orden de la realidad que instituye y por la cartografía que construye.

La Subjetividad desde el punto de vista biológico es el acto ligado no sólo a la propia finalidad (no morir) sino al acto de autorregulación, en ese sentido es autoconstitutivo de la identidad y se propone darse un sí mismo/a. La Subjetividad es una 'haecceidad', un devenir transversal que se realiza entre puntos. Una línea de devenir solo tiene un medio, el medio no es media, es un acelerador, es la velocidad absoluta del movimiento. Desde el punto de vista de las Mujeres existe el empeño de construir la Subjetividad femenina fuera del modelo admitido, del modelo homogenizado de lo humano que gobierna el Yo actual.

“La subjetividad es devenir identitario, el devenir no es correspondencia de relaciones. El devenir es un verbo que tiene toda su consistencia en la creación y en la desterritorialización, lo cual implica no imitar, no identificarse, ni regresar, ni progresar, son dinamismos irreductibles que trazan líneas de fuga, de modo que el devenir es la vida misma que escapa a toda identidad, a todo ejercicio de individuación”. (Deleuze y Guatari, 1997).

Aquí podríamos afirmar que el devenir es la búsqueda que logra fundirse con el Cosmos, es la filiación apasionante con el Cosmos que pone en juego seres de escalas y reinos diferentes. Es en últimas el afecto de la multiplicidad que origina una potencia que se desencadena y hace vacilar el Yo, difuminándolo en un agenciamiento colectivo.

El Yo es el obstáculo más estorboso para congraciarnos con el Cosmos y todo lo viviente, hay que tomarse en serio la construcción de un Sí mismo/a que convierta el Yo en lo que es: una construcción artificiosa de la identidad, capaz de imponerse sobre la Ética y banalizar la vida en base al egoísmo, la apropiación y la destrucción de la Otredad. Como piensan los Orientales, el Yo no es real, es el equivalente de una prótesis que en lugar de enaltecernos, nos disminuye y nos envilece.

Podría afirmarse que si hemos optado por un devenir Mujeres para fortalecer nuestro pensamiento y construir una autonomía propia y colectiva, es muy difícil convertirnos a medida que pasan los años y en nuestra vejez, en mujeres debilitadas y víctimas de una temporalidad que convierte nuestro cuerpo en un haz de funciones; el envejecimiento para las mujeres que han hecho de sus cuerpos y mentes una fuerza de construcción permanente, resulta menos grotesco; la fuerza de la Subjetividad femenina sigue viva en el envejecimiento y se opone al imaginario Patriarcal que intenta reducirnos, infravalorando el deseo, y la fuerza ganada en la autonomía.

La Subjetividad no cuenta con la Muerte, no cuenta con la Nada, resiste a ella a través de involucrar como propio, el Caos y el Cosmos que son dos categorías indisociables de la vida; la enfermedad pertenece al Caos, y la resistencia pertenece a la idea de Cuerpo que resiste y no claudica como bien lo vio Spinoza “Nadie sabe lo que puede el cuerpo, el Cuerpo es Potestas”, y al respecto de contar con la eliminación total... sólo nosotras mismas podemos advertirlo. Podría decirse que sólo nosotras mismas tenemos la clarividencia de optar por quedarnos aquejadas de dolores y dificultades o renunciar a la vida. Tenemos la opción de calibrar el orden de lo que nos pasa y medir sus consecuencias con la decisión que nos hace libres. “Todos caminamos



hacia el Suicidio”, nos dice Deleuze, pero también está el suicidio asistido, o muerte digna, que nos queda a las mujeres como opción cuando nuestra deliberación se imponga ante la Muerte.

El único modo de agrietar el imaginario Patriarcal que da rienda suelta a su afán de homologar las diferencias, todo ese poder de exclusión que incluye también las distintas fases de la vida, esa condición de verdad que se arroga el conocimiento sobre la vejez y la ancianidad naturalizando la minusvalía, la incapacidad y el sufrimiento, todas esas ideas estereotipadas que axiomatizan la necesidad en términos del tiempo y del deseo para clausurar la creación, toda esa maquinaria que nos hace creer en un estado incontrovertible de dependencia y demolición de cara a la muerte, el único modo, repito, es Resistir. Resistir es también crear, porque la Resistencia está ligada a la creación y se alimenta de ella.

Cuando René Char nos dice que la única forma de enfrentar la Muerte es haciendo Arte o cuando Botero señala que no le tiene miedo a la muerte sino a la condición que le impediría pintar, están hablando sobre esa Fuerza de la Subjetividad que realiza hasta el final un Relato sobre nuestras vidas. Este trasegar se opone al tiempo del Pasado repetido y acumulado que es indilgado a la vejez, donde sólo recordamos lo que nos hace daño, lo que permite a la culpa restablecerse agenciando la tristeza y la depresión.

Frente a ese colosal banco de datos de la Memoria oficial, y de la vida privada hipotecada e ideologizada, debe imponerse otro Relato que restituya lo que nos ha dado vida, lo que nos ha permitido transformarnos y aquello que hemos logrado cambiar para fortalecer nuestra autonomía y Subjetividad. Se trata de un Relato capaz de encontrar la Memoria Involuntaria de la que hablaba Proust, logrando abrir esa puerta secreta donde renacemos y que nos da paz y bienestar.

No es que el envejecimiento carezca de dificultades y pérdidas, o que tengamos que prescindir de ellas callando ante los Otros nuestros problemas; se ha producido una transformación corporal que ahora se vive en negativo y que nos hace más frágiles, menos capaces de enfrentar los sucesos que requieren de mayores esfuerzos y la salud se debilita, pero también es cierto que un ingrediente mayor presente en la cultura intenta doblegarnos a través del lenguaje, usando las imágenes para proponernos las cirugías estéticas y otras tantas intervenciones que se anuncian sobre nuestros órganos prometiéndonos mejoras físicas que difícilmente logran ganar años en el suceso de nuestra condición vivida.

La obra de Philippe Ariés *El hombre ante la Muerte*, muestra los cambios que experimentan las sociedades en relación con la Muerte, los cambios de las Mentalidades con relación al culto de los muertos, los cuidados propiciados al moribundo, los ritos después de la Muerte y el modo como se implica o no, toda la sociedad cuando alguno de los suyos desaparece. Con el advenimiento de la modernidad y el cambio postindustrial se produce una transformación definitiva en relación con el cuidado del/a moribundo: este ya no se realiza en la casa sino que es traslado al Hospital.

La Muerte ha cambiado de definición; a finales del siglo XIX el enfermo/a era mantenido en ignorancia al respecto del estado acuciante en que se encontraba, el médico estaba pendiente del diagnóstico y suministraba los medicamentos en solitario. En el siglo XX vino la prohibición del duelo y de todo lo que en la vida pública recuerda la muerte, para responsabilizar a la familia del proceso haciendo del duelo un acontecimiento privado. Aquí es donde aparece una consideración quirúrgica de la Muerte; se habla ahora de un equipo complejo con las condiciones de eficacia plena que sólo están presentes en el hospital;

a partir de aquí este equipo tomará la responsabilidad del paciente que va a morir y lo asistirá en el proceso de su defunción garantizando su estabilidad.

“El hospital no sólo es un lugar de sabiduría médica, de observación y de enseñanza, es un lugar de servicios auxiliares (laboratorios farmacéuticos), aparatos refinados, costosos, raros, que dan al servicio un monopolio local. El progreso de la cirugía ha acarreado los procesos de reanimación, de atenuación o de supresión del dolor y de sensibilidad. Hoy por hoy hay una imagen del moribundo; el hombre erizado de tubos. Hoy la gente no nace, ni muere en la casa. La muerte en el hospital es una consecuencia a la vez del progreso de las técnicas de endulzamiento del dolor, y de la imposibilidad material en el estado de los reglamentos, de aplicarlos en casa”. (Philippe Ariés. *El hombre ante la Muerte*. Taurus 1992, Buenos Aires. p. 485).

El hospital no es sólo el lugar donde una se cura, sino donde se muere, el tiempo de la muerte se ha alargado y subdividido a la vez, se ha alargado

a gusto de los médicos. Ellos no pueden suprimir la muerte, pero pueden regular su duración y esto se prolonga a veces hasta meses y años. La duración de la muerte se perfila de acuerdo a una táctica médica, familiar y jurídica. Hay un poder biopolítico del hospital que hoy define la vida y la existencia de los pacientes; llegar allí representa someterse a ese ejercicio disciplinario donde nuestra decisión está interdicta.

A futuro la vida humana va a prolongarse aún más, y la tecnología dará cuenta de las intervenciones y de la salud involucrando prótesis que aumentarán las capacidades corporales, visuales, cognoscitivas y de locomoción; la simbiosis organismo-robot es ya un hecho en términos médicos. Por ahora nos resta responder con Autonomía a las dificultades que acarrea la Muerte, y mientras llega ser capaces de hacer cada día el trabajo de creación que implica introducir la belleza en nuestras vidas, congraciarnos con el Cosmos de donde venimos, y no claudicar a la astucia Patriarcal que nos arrebató la fe en nosotras mismas.